

de Breogan. Así, toda la figuración de Colmeiro —bodegones con panes aldeanos, o ferias aldeanas—... toda ella: ¿cómo se puede estar siempre en Galicia sin estar en ella?... toda esa figuración, digo, está limada y redondeada como por la cultura del pan. Las mozas, tanto como los animales tutelares, parecen estar hechos con los mismos ingredientes, o "de borona", o de centeno, o de trigo.

Hay una expresión gallega, que yo la veo fuertemente caracterizada en Colmeiro, que consiste en la supresión de las aristas formales... como hay otra —que ya puede que no sea tan Colmeiro— que consiste en el protagonismo de una luz muy tamizada... Pero Colmeiro, como digo, no es tendencioso de estos últimos; Colmeiro hace uso del color y toda su pintura es muy fuertemente cromática. Pero como él no quiere concederle un protagonismo inusitado a la pintura en sí misma, sus protagonistas son los personajes, hombres, paisajes o cosas, los cuales siempre están como redondeados por la ley general de la galleguidad "con retranca".

He ido a Biosca, a ver no sólo la pintura de Colmeiro, sino también al pintor. Es como asomarse a Galicia... ¡viva Galicia ceibe! ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

## TEATRO

### Carnestoltes y sus memorias de la "coentor"

Resulta alentador saber que cuando el recién formado grupo Carnestoltes inició su trabajo, en noviembre del 75, con una adaptación de "El jardín de los cerezos" —que pudimos ver en Madrid gracias a uno de los festivales organizados en el Alfíl—, tenía ya decidido que su tercer espectáculo consistiría en un montaje de textos de Escalante. Y digo que resulta alentador por lo que supone dentro de las obligadas improvisaciones del teatro independiente en general y del valenciano en particular. Las circunstancias son difíciles, la asistencia de público al teatro —a menos de tratarse de algún fenómeno especial—,



Escena del sainete "La processó per ma casa", de Escalante, incluida en el último espectáculo de Carnestoltes.

escasa; la posibilidad de que un grupo trabaje de manera continuada, prácticamente nula; lo que, en su conjunto, valora el proyecto de tomar a Chejov, a Molière —en audaces y profundas adaptaciones a la realidad valenciana— y, con menos esfuerzo, a Escalante, para construir la imagen crítica de un determinado período social.

El nuevo espectáculo de Carnestoltes se titula *Compañía de varietats i colloquis La Consoladora* presenta "Memories de la coentor", y el texto lo ha propuesto Juli Leal. La idea organizadora del espectáculo consiste en imaginar que una compañía —La Consoladora— de principios de siglo representa varias escenas, unidas entre sí por el concepto intraducible de la "coentor", vagamente ligado a la cursilería aparatosa, al mal gusto del nuevo o falso rico, a la ostentación risible de lo que no es lógico ni natural.

Diversas escenas de Escalante nos sitúan ante muchos "coents" de la época. Pertenecen a sainetes en los que se zahieren comportamientos, cuya falsedad adquiere, a la luz de nuestros días, un sentido de enajenación —o colonización— colectiva. El que, pongamos por caso, en la divertidísima "La Patti de Pescadors", Escalante se burle de una cuarentona a la que un vividor hace creer que tiene extraordinarias dotes de cantante —¡qué mezcla tan increíblemente cómica, "coenta", de valenciano, italiano y castellano!— es hoy algo más que una tragicomedia personal, como pudiera serlo, por ejemplo, la de la señorita Trevélez, de

Arriches. El espectador siente, en efecto, que los delirios de aquella mujer corresponden a una "ilusión colectiva" —a nivel de clase— de "escapar" de la realidad, de buscar en criterios ajenos al medio en que se vive una norma que permita creerse superior a él. Enajenación que —en este caso— formaría parte de ese desprecio de lo propio, intimamente ligado a lo que hoy se llama "pérdida de identidad". El que Escalante centra su sátira en un sector de la clase media y hoy sean muchos los valencianos, no importa su posición social, que "se parezcan" a los personajes del sainete, profundizaría el sentido del trabajo.

La "coentor" sería, según Lluís V. Aracil, una expresión transferida durante el siglo XX, con las connotaciones sociopolíticas que ello comporta, a buena parte de la colectividad valenciana.

Es obvio que una denuncia de la "coentor" podía haberse hecho alineando una serie de datos y aun de situaciones graves y sombrías. El grupo —y de ahí la "mediación" de la supuesta compañía La Consoladora— ha preferido aferrarse al estilo "fallero"; es decir, al tipo de sátira popular que ha definido la "coentor" y se ha burlado de ella. Espaciados elementos severamente críticos —por ejemplo, contrastando un poema dedicado a las dulzuras de "la barraqueta", premiado en unos juegos florales, con la realidad de quienes trabajaban de sol a sol para intentar pagar su alquiler— cortan, de vez en cuando, el "collage" de variedades y es-

cenos de sainete. Son elementos que tienden a mostrar algo de lo que escondía —y escondía la "coentor". El espíritu de juego, de diversión, de fiesta, es la dominante formal de un espectáculo muy serio en el fondo, y que quizá no ha elegido a Escalante ni la tradición popular "fallera" por un simple motivo estratégico —para atraer espectadores al teatro del Micalet, donde se representa—, sino porque es el estilo que cuadra al tipo de demolición que se pretende. Aunque uno, después de entender todo eso, crea que este es el menos riguroso —lo que no quiere decir el más fácil— de los tres espectáculos del "ciclo" de Carnestoltes.

El conjunto de los actores está bien. No hay ningún énfasis subtextual. El ritmo se mantiene. La relación con los espectadores es siempre clara y cordial. Y el espectador a quien le toca el número de la rifa sube a escena sin ningún empacho para ayudar a la actriz a quitarse el sostén azul o el pantaloncito hecho de las gloriosas barras de la historia... ■ JOSE MONLEON.

### El Principal: un teatro para Valencia

Alguien podría decir que si en el Valencia Cinema y en el Micalet —sociedad cultural, cuyo nombre ha tomado de la popular Torre—, dos salas fundamentalmente dedicadas a la programación del teatro independiente, y, por lo tanto, asegurado cobijo de cuantos trabajos sólidos se hacen en el país valenciano, suele haber menos espectadores de los necesarios, e incluso algunos espectáculos no llegan a cubrir, por falta de público, el número previsto de representaciones, está fuera de lugar plantear la necesidad de conquistar una serie de locales que permitan llevar adelante una política cultural.

Tal argumentación carecería de sentido por lo siguiente: porque la destrucción cultural del teatro, su constante reducción a entretenimiento inoperante, y, a veces, envilecedor, forma parte de una mentalización dirigida desde arriba, contraria a la formación y expresión de la mayoría —términos inseparables de la libertad social— y, por lo tanto, necesitada de ser cuestionada a fondo, si se trata de asentar la idea de democracia en la vida colectiva, es decir en los presupuestos cotidianos de una